cia; dicen lo que es practicable, lo que tan solo es probable, ó lo que es literalmente imposible; ponen á los hombres prácticos y de hacienda en las vias de la economía; traen en cierto modo á la mesa los documentos del proceso; descomponen la materia, hacen ver el interior de los cuerpos, enseñan el juego diverso de las máquinas, resuelven los problemas mas arduos, é iluminan todas las partes de una tesis. Así el docto y magnífico informe de Arago sobre los caminos de hierro, ha revuelto mas ideas que todos los proyectos de comision propuestos por los ministros. Este informe es una obra maestra de exposicion y análisis.

Cuando Arago sube á la tribuna, la Cámara atenta y curiosa guarda el mayor silencio, y los espectadores se inclinan para oirlo. Su elevada estatura, su cabellera flotante y rizada, su bella cabeza meridional, anuncian un hombre ricamente dotado por la naturaleza; mientras que la contraccion musculosa de sus cejas, revela un poder de voluntad y meditacion que caracterizan los varones de alta superioridad.

Diferentemente de tantos oradores que se pronuncian en todo, sobre todo, ignorando la mayor parte del tiempo lo que dicen, Arago habla tan solo en cuestiones preparadas de antemano, que agregan á la magia de la ciencia el interés de la ocasion. Así sus discursos se distinguen por dos atributos inapreciables, la generalidad y la actualidad; y se dirigen al mismo tiempo á la razon y pasiones del auditorio que no tarda en subyugar. Apenas entra en materia, atrae y concentra en sí todas las miradas. Arago ase, por decirlo así, la ciencia con ambas manos, la despoja de sus asperidades y fórmulas técnicas, y la vuelve tan clara que los mas ignorantes quedan atónitos al par que encantados de comprenderla. Por otra parte, una pantomima expresiva anima la persona entera del orador. Hay en sus demostraciones un fulgor recóndito, y parece que de su boca, ojos y dedos, brotan rayos luminosos. Acostumbra á sembrar, de cuando en cuando en sus arengas interpelaciones mordaces, ó anécdotas chistosas que guardan estrecha conexion con su discurso y adornan su tema sin sobrecargarlo. Cuando se ciñe á contar los hechos, su elocucion posee tan solo las gracias naturales de la sencillez. Pero sí, frente á frente de la ciencia, la contempla con profundidad para visitar sus secretos, ó exponer sus maravillas, entonces su admiracion se eleva hasta el lenguaje mas pomposo, su voz se anima, su palabra adquiere color y vehemencia, y su elocuencia iguala en grandeza á la materia que trata.

JAUBERT.

« Orador bilioso, acre, petulante, agresivo, tan ardoroso en la defensa del poder, como lo fue en otra época por la libertad; fanático, efecto de un temperamento arrebatado é iracundo, de todo partido que podrá servir; pero no menos honrado, leal, independiente, esforzado, pertinaz; arremetiendo intrépido en lo mas recio de la pelea, sin retroceder ante el ridículo, el mas real y espantoso de cuantos peligros pueden amenazar á los Fran-
« ceses. »

Tal habia yo pintado á Jaubert en 1836, y añadí:

« Este orador no es ya una utilidad meramente secundaria, ni un corista, ni un sustituto de quita y pon. Su improvisacion, es muy cierto, no descuella por la elevacion de los pensamientos, ni se distingue por la generalizacion filosófica, ni brilla tampoco por las imágenes, ni lo anima la vehemencia de la accion, pero rebosa de ironía, chispa y oportunidad. »

« Jaubert estudia con trabajo inteligente y concienzudo, las tesis de economía política, y, sin ser del gremio de los hombres especiales, trata, mejor que tantas personas que se declaran competentes, las cuestiones de trabajos públicos en las relaciones que guardan con la legislacion.

« A la misma Oposicion sirve por lo preciso de sus conocimientos, por lo mordaz y epigramático de sus revelaciones indiscretas, la manera audaz y militar con que trata todas las cuestiones, y las buenas verdades que canta á todos los partidos, incluso el nuestro.

« Jaubert es actualmente el porta-arcabuz de Guizot. Mientras que este dogmatiza, aquel ejecuta; el uno dispone el plan de batalla, y el otro hace fuego, á menudo antes de recibir la órden.

« Ambos se puede decir que gobiernan la escuela. Mientras que Guizot, calada la capucha y arremangado el trage, recita grave-

mente el *oremus* de la doctrina, Jaubert desempeña el papel terrible de hermano azotador, y recorre la Cámara, distribuyendo á diestra y siniestra fuertes disciplinazos.

«Como su maestro en pedagogía, está por los antiguos usos y costumbres, y no gusta de nuevos métodos. Napoleon es el heroe por quien profesa una admiracion sin igual, no por su genio culminante, sino porque era no poco déspota y sabia mantener en órden el aula; y, en el concepto de Jaubert, no hay talento superior.

«Concluida el aula y colgadas las disciplinas, sale y ya es otro hombre. Todos los que se le acercan quedan atónitos á la vez y seducidos por la urbanidad elegante de sus modales, su trato afable, su buen carácter, su índole complaciente; y nadie acierta á reconocer en sugeto tan amable, el fogoso y colérico tribuno.

«Jaubert tiene la palabra pronta y avispada, y no hay que amostazarlo mucho para que suba á la tribuna, y arremeta fogoso á sus adversarios. Si hubiese nacido cuarenta años antes, hubiese sido un revolucionario de primer órden. Su violencia hierve y no puede contenerse; sus labios delgados se comprimen y destilan la hiel, mientras que sus ojos negros lanzan centellas de cólera.

«Jaubert tasca espumando el freno, y por poco que se le tire la brida respinga y se encabrita. Así si agrada á las personas impetuosas, compromete á las de política discreta y prudente. Jaubert huronea, se mete por los matorrales, ahuyenta la caza con sus gritos, y está tan mal enseñado, que no vuelve por mas que se le llame.

«Riñe á los suyos, murmura entre dientes, muerde á sus adversarios, y les hinca el diente sin piedad. No admite duda que seria poco decoroso que la discusion parlamentaria se mantuviese siempre en igual pié; pero tambien es necesario confesar que no es malo que, de cuando en cuando, haya una mano algo recia y violenta que rompa el velo tras el cual se representan las farsas políticas, y nos muestre á los actores en su trage usual.

«Jaubert activa y precipita la solucion de las cuestiones, y cuando esta toma otro rumbo, la vuelve al camino derecho. El impetuoso orador interpela á los ministros, no les deja respirar y los coloca en un desfiladero tan estrecho, que no hay medio de escapar, y es necesario decir sí ó no. Es como un mosquito cuyo continuo zumbido importuna el oido, que en vano se ahuyenta y sin cesar vuelve. Este implacable mosquito revolotea en torno del

banco de dolor, se pone en la frente y manos de los ministros, los sofoca, chupa su sangre y taladra su cuerpo con su aguijon venenoso. La piel se hincha, la comezon es insoportable, la llaga se encona.

«Era de ver á Jaubert persiguiendo á Thiers, y, cubierto de polvo, empapado de sudor, casi sin aliento, seguir infatigable al pequeño ministro, y echar mano á su gorro de renegado. Thiers huia á toda prisa y se escurria en los mil rodeos de su argumentacion capciosa. ¿Pero qué medios puede haber de asirse de Thiers que se escabulle y desliza como un anguila entre los dedos? ¿Quien podrá jactarse de poder agarrar á ese Proteo, á esa apariencia, esa sombra?»

Tal era, no lo olvide el lector, tal era el Jaubert de 1836.

Despues vino el año 1840, y Jaubert, por no sé qué capricho, se aprovechó de la ausencia de Guizot, para dejar el aula, no sin llevarse la palmeta, y salió á campaña montado en los pesados cañones de Thiers; bella campaña por cierto que amedrentó la Europa entera, y nos volvió tan temible para con las potencias coligadas.

¿Pero cual puede ser la causa de este cambio repentino de estrategia y quien podrá descifrar este enigma? ¿Quien? Yo, yo que decia en 1836 de Jaubert lo que queda indicado y repito: que Jaubert es «fanático, efecto de un temperamento arrebatado é ira-«cundo, de todo partido que podrá servir.»

Pero vaya otra metamórfosis. Despues de haber declarado la guerra á la Inglaterra desde lo alto de la tribuna, en la última sesion, y arrojado en sus buques algunas de nuestras balas perdidas en Abukir y Trafalgar, Jaubert ha tomado una aversion repentina por Thiers y la gloria, y ha abdicado sinceramente el imperio, retirándose como Dioclesiano á Salone. ¿Quien lo creyera? Ya no vuelve á pensar en la famosa cuestion de Oriente, ni en Beyrut, ni en San Juan de Acre, ni en el anciano Mehemet, ni en el jóven Abdul-Mejid, ni en sus visires, ni en su haren. Ya no pega fuego á sus baterías de tres puentes, ni medita la prodigiosa conquista de las islas Baleares, ni mira por el anteojo de larga vista de Thiers, para ver si seria mas conveniente bajo el punto de vista geográfico, mandar regresar á nuestra flota de Atenas á Tolon, para tenerla en caso de necesidad, mas cerca de Alejandría.

El audaz tribuno ha convertido su gabinete en invernáculo y su

cartera en herbario. Ora respira el delicioso aroma de las rosas, ora moja delicadamente su pincel en la decoccion de no sé qué especie de preparacion química, y ¿en qué se figura el lector que se ocupa el vencedor de Inglaterra? En destruir las mitas. Ese profundo político escamonda y recorta las corolas de los geranios y camelias; describe y arregla simétrica y primorosamente sus preciosas familias, sus variedades y genealogías en su catálogo de tafilete. Con el escalpelo en la mano, penetra y se insinua en la alta fisiología de las gramíneas; asiste á la hora en que abren los nardos sus olorosos pétalos; se enternece al divisar la anémona, y siente un regocijo indecible al ver florecer los tulipanes. Portero, ten cuidado con no anunciar la visita de ningun importuno y no incomodar al ilustre botánico; ni vayas á decirle que Guizot le ruega que vaya á ver en Grecia lo que convendria hacer en Egipto; ni que Thiers le propone entrar en su cuarto ministerio que no será el último, ni aun siquiera que M. Pataille va á pronunciar un discurso; pues te aviso que Jaubert es hombre capaz de negarse á admitir todas estas ofertas, y á obstinarse á no escuchar ni á Guizot, ni á Thiers, ni aun á Pataille. Por otra parte cuidados mas graves ocupan su ánimo. ¿Acaso no se halla completamente embebido en la contemplacion de su fibrina ó de su herbácea? Como esta aguarda la mañana para abrirse y la noche para cerrarse. El acrimonioso orador cierra los ojos, se mece en las caprichosas alas de la metempsícosis, y parece haber pasado en el cuerpo de un arbusto; su tallo y raices penetran en la tierra, y sus ramas ostentan vistosas y fragantes flores, mientras que difúndese al rededor el polvo dorado de los estambres; mas tambien se eriza de espinas, en memoria de su antigua profesion, y hasta la próxima sesion, Jaubert se figura ser planta.